

PLENILUNIO DE TAURO: LA PERENNIDAD DE LO DIVINO

Por Dra. Luisa Romero de Johnston

El Universo es creación, la actividad de una entidad magnífica, que crea de Sí misma y en Sí misma; actividad constante de la que participa todo lo que existe.

En algún instante, mágico, maravilloso, una potencialidad suprema inició la acción que había de manifestarse en algo que, a falta de mejor nombre, es llamado Universo.

Ese primer impulso, se vió multiplicado al infinito en un alarde de potencialidad inagotable, que se plasma en permanente creación y de la cual participa todo lo creado. Así un átomo, un hombre o una galaxia, crean constantemente, cada uno en su esfera de acción, manteniendo la presencia y la continuidad de la Vida y de acuerdo a la capacidad que le confiere su posición en la escala del proceso existencial. De este modo, cada parte contribuye al Todo y, oportunamente, en cumplimiento de la Ley, puede reintegrarse a Él.

La asimilación de estos conceptos nos lleva a comprender el principio básico: “Dios – el Creador – está en todas partes y no existe nada fuera de Él,” e ilumina nuestra reflexión sobre la promesa que encierra la nota-clave: “La divinidad del hombre siempre surge triunfante del caos de sus propias creaciones.”

Pero, además, esta nota-clave nos habla de un concepto fundamental sin el cual no puede concebirse lo Eterno, aquello que constantemente Se crea s Sí mismo: la condición de *incorruptibilidad* inherente a lo divino.

Nos habla de la esencia, el “código genético” espiritual, permaneciendo fiel a Sí mismo, igual a Sí mismo, saliendo incólumne de la experiencia de su “inmersión” en la materia densa. Lo sutil rescatándose de entre el caos de lo opuesto, venciendo el duro paso de su materialización.

Si reflexionamos sobre cómo puede lo sutil hacerse denso sin perder su propia condición, tendremos que concluir reconociendo que ésto solo es posible porque lo denso es una modalidad, una representación – aunque imperfecta – de aquello que se expresa en él. Lo divino es la Vida que anima todo sin perder su pureza, y así, al animar a la materia, reserva para Sí, Su condición inmaterial.

Esta cualidad de pureza, de fidelidad a Su propia esencia, de inmutabilidad que resiste a la diversidad de expresión, es la garantía de que todo retorna al Orígen, de la reunificación de la diversidad en la Unidad. Por eso, el hombre, como ser “creado a imagen y semejanza de Dios,” guarda en sí la potencialidad de trascender su estado inferior y alcanzar aquello que le corresponde por herencia y por Ley.

Sin embargo, el proceso entraña un continuo y grande esfuerzo, pues el hombre está marcado por las huellas del proceso involutivo, en el cual lo puro-espiritual quedó velado en la forma; y ahora, debe construir el camino de retorno invirtiendo el proceso, creando condiciones de tensión ascendente, que propicien estados vibratorios capaces de asimilarse a los prototipos ya

existentes, en la línea de secuencia evolutiva que la humanidad, como un todo, tiene que seguir para recuperar su estado espiritual original.

Tenemos, pues, a un hijo de Dios, tratando de llegar a ser igual al Padre porque tal es el mandato divino; enfrentado a las limitaciones de su condición inferior, inmerso en la obscuridad de su ignorancia, prisionero de su propia pequeñez y víctima de condiciones conformadas al paso de eones de acción involutiva.

La caída del Espíritu en la materia, la llamada “materialización de la Mónada,” ha ocultado la Chispa Divina en la obscuridad de lo denso. Así, ocurre un debilitamiento del impacto estimulante que la Mónada ejerce en Su esfera de acción. Lo espiritual se limita a Sí mismo en la materia, con lo que disminuye la capacidad de acción y relación de todo lo que recibe Su influencia: el Alma – lo espiritual encarnado – se ve envuelta en formas inferiores que comprometen Su capacidad de autoidentificación y distorcionan su función iluminadora, y la materia es circunscrita a su entorno, incapaz de llegar a lo sutil.

El hombre es presa del engaño de lo irreal, de aquello que la ciencia esotérica denomina Ilusión-Espejismo-Maya, y que es el resultado de la actividad de toda expresión imperfecta del Yo superior, trátase del hombre mismo, de su entorno o del mundo en el que se mueve. Dolorosamente, ésto incluye también al Alma en la etapa inicial de Su experiencia como Hijo de Dios encarnado, porque la encarnación distorciona fuertemente las cualidades divinas del Alma en Sí, aunque también sea el medio por el cual la materia puede ser redimida y el Alma enriquecida en la experiencia.

En estas condiciones, el ser humano – ineludiblemente y en obediencia a la Ley – un creador, solo es capaz de expresar valores inferiores con su carga de ignorancia, incapacidad e inexperiencia. Crea en form equivocada, en tono menor, de manera inarmónica contraria al Orden y a las Leyes; produce resultados desastrosos y pone en marcha efectos que se vuelven contra él.

Pero, sabia es la Ley y grande la bondad divina; por multiples mecanismos de estímulo que juegan dentro del orden divino y entre los cuales *el dolor* tiene lugar prominente, se va produciendo una revisión, una rectificación de conducta que, paulatinamente, ha de conducir hacia el camino de retorno.

Bien dice la enseñanza esotérica citada por el Maestro Djwhal Khul en su libro *Espejismo* (Edit. Fund. Lucis, Buenos Aires, p. 155): “el hombre sólo llega a ser consciente de la Realidad cuando ha destruído lo que él mismo ha creado.”

Amarga experiencia:
ver que es sólo polvo aquella mentira por la que luchamos

Desandar lo andado
por no haber llegado a lugar alguno

Hallar sólo sombras
tras las falsas puertas que ilusos abrimos ...

Más, ahora ha llegado el momento de la rectificación, el tiempo de callar y de saber escuchar. Ocurre, entonces, un reordenamiento de los componentes fundamentales: la forma – la personalidad – trabajando para su espiritualización se va haciendo sensible al llamado del Alma, y Esta va recuperando Su potencialidad espiritual con la consiguiente influencia en el ser inferior. Se crea una relación armónica, fluida, que paulatinamente facilita el regreso a la condición original, la aproximación y retorno a la condición espiritual pura de la cual se había partido.

En todo este proceso – involución-evolución, sutílización-condensación, sonido y silencio – nunca ha dejado de existir la continuidad del “hilo dorado” de la esencia espiritual. Ella es la potencialidad detrás de todo, la Vida que anima el proceso de ida y retorno, la intención detrás de la expresión y la abstracción. La garantía de que nuestro viaje a través del Cosmos – por muy dilatado, difícil o complicado que nos parezca – tendrá el justo final que corresponde a todo hijo de Dios.